

UNDER THE MOON

*‘Y quiso Li Po abrazar a la luna
Y embriagado de poesía como estaba
Sólo pudo besarla’.*

Matucana. Kilómetro 75 de la Carretera Central. Te esperan las montañas. Los caminos de pastores. La catarata de Antankalla. El pequeño pueblo te ha recibido con esa calidez de las cosas simples. Comiste una fritura con su papa y su ajicito en el parque. Te observaban y tú observabas más. Preguntaste cómo llegar (sólo tú sabías que era el camino final). Compraste mandarinas y comenzaste la subida. Desde el arco con murales que es la entrada al pueblo. Paso a paso. Pensabas en Kerouac. En los caminos que tú –solo ay!- has recorrido. En las islas del Titikaka. En Amantani. En los ritos tan particulares que se hacen en la soledad. En los buses y su tráfago. En tus pies guerreros y maravillosos. En las mochilas cargadas. Las lluvias. Las tormentas. El sol esplendoroso y agotador. Ahí tú en tu última subida. La final pensabas con cierta alegría. Y los establos a tu derecha y las casitas encaladas a tu izquierda. Y la subidita que cada vez se alzaba con mayor elegancia. Al fondo el Apu te guiñaba el ojo con picardía. Somos cómplices ahora. Si. Y claro recordé al amor. A Ella. A la que acabo de despedir con una cartita por Internet. Me arrepiento un poco de esa despedida. Pero... qué más podía hacer? Ella en Kentucky. En el Blue moon of Kentucky. Y yo aquí en mi soledad tan vacía a veces y tan acompañada de la poetry otras. Así que ahí yo y ahí el camino y ahí los zorros que me esperan. Porque ‘los zorros comerán de mi kuerpo’.

La primera subida fue agotadora. Con el aliento cortado y con el frío de la tarde. El viento corría raudo por la quebrada. Camino de llamas le diría. Pero acá es de vacas y carneros y perros y pastores. Escarpada ruta. Me resbalo. Me caigo. Salto. Me admiro de mi equilibrio. Sigo. Bosta regada en todos lados. Miro atrás y ahí va quedando Matucana. Quebrada que se estrecha. Oigo aún el ruido de los motores de los buses y camiones que dan la vuelta a la curva -donde está el kristo sacrificado- a toda velocidad y los espíritus rugen entonces. El campanario de la pequeña iglesia es lo último que veo. Subo y subo y subo. Nadie me acompaña. Yo solo y mi soledad tan real a esta altura de la sierra. Cactus y plantitas casi secas. Me resbalo otra vez y pierdo el aliento. Pero sé que esto es la subida final y sigo.

Luego de una hora de continua subida el camino se bifurca y recordando las indicaciones de la gente del pueblo tomo por la derecha y me encuentro de pronto con un caminito fino. Hermoso en su simplicidad. Y muy llevadero para mis cansados pies. No es tan escarpado y se alarga como una serpiente gris por la montaña. Empieza entonces el verdadero acercamiento a mi destino. De poeta. De caminante. De vagabundo impenitente. Que nunca encontró su exacto lugar en el mundo. Con esa inquietud de las cosas siempre perdidas. Siempre por encontrar. Sigo y sigo. No pienso. No quiero pensar. Pero los recuerdos son ineludibles: La piel del amor. Las poses. Su *derriere*. El sexo reluciente de semen.

Los labios en mi jugoso falo. Las botas altas puestas. Las medias negras hasta los muslos. Las minis. Las manos agitando mi erguido sexo. Quiero botar en el campo ésta mi semilla que no pervivirá. Paro y lo hago. Y va al viento mi Kundalini. Mi tantra. Mi mano izquierda que reluce ahora con esa baba blanca. Y es que el amor y la muerte andan juntos. Reverso de la misma moneda cada uno de ellos. El viento testigo. El abismo testigo. Mis ojos testigo. La grava absorbe lentamente mi vida desbocada. Y me limpio. Sigo. El Apu tiene ya mi ofrenda. Puedo seguir. Estoy ahora protegido. Y el final será una canción de The Beatles. Del álbum blanco. El blues de Lennon. Eso es. Sigo.

Ya van más de dos horas y el cielo se ha puesto gris. Paso por un bosque de piedras. Por una roca que parece una cabeza de león. Siento agua correr y me emociono. Quiero celebrar ya el rito final. Pienso que será fácil. Y estoy decidido. Sensación extraña. Irreal. Acá la vida. Y allá la muerte como fantasma inexistente. Pero presente. Muy presente. Curvas en el caminito. De pronto se estrecha en un sinuoso trazo y me doy cuenta que abajo -a unos doscientos metros- puede estar el gran y esplendoroso final. Morir parece fácil. Simplemente dejarse ir. Pero no. No será así. Escaleras improvisadas de piedra me sorprenden. Y subo y bajo mientras allá a lo lejos resuena una caída de agua. Me apresuro. La tarde cada vez más gris. Presentimientos mil cogen mi corazón y lo aprietan. Cruzo un puentecito de madera. Y luego otro y ahí está! Antankalla! Mi nodriza final! Cae el agua desde muy arriba. Delinea curvas en el aire y se estrella con un ruido musical en las rocas. Mucho viento frío y las gotas de esta Diosa inundan todo. Mi ropa mi cabello mi mochila de pronto mojados por la brisa mágica de Antankalla. Oh! Antankalla...

*Antankalla
Serranía esteparia
Lluvia que separa el rito/
El kuerpo/
Del espíritu
Nuevos caminos se abren
En esta nueva lejanía
Que susurra palabras suaves
En mis oídos.*

Me siento y medito. El zen en mí. El vacío. La soledad y el trance. Tanto camino para este instante. Tanta vida. Tantas lágrimas. Tantas risas. Nostalgias que apabullan. Lo que no veré. Lo que siempre veré. Perviviré? En alguien acaso? Tantas palabras derramadas. Tanta música en el corazón. Cae el agua límpida. Solo. A kilómetros de nadie. Perfecto. Pena ahora. De qué? Dolor. La vida es dolor y sacrificio. Girl oh! Girl. Zen en mí. Vida y muerte en mí. El vacío es finalmente plenitud. Saber ahora que la vida es tan irreal como la muerte que me cerca. Zen...

*Extrañaré al amor
A Ella
Tan lejos
Tan triste
Tan de imposible
El amor ahora.*

Me levanto y decido dar una última mirada al paisaje. Estoy entre montañas. Arroyuelos caen por ahí. Límpidas historias musicales. El cielo cada vez más gris. Viento y viento. Dejo mis pocas cosas en un lugar apartado y ahí voy ya...

*Paisajes breves veo
Caída ruidosa del agua: puro viento
Todo me grita
Todo me muerde
El viento
Que
Se
Escurre
De entre
Mis dedos rotos.*

He sentido en el camino el olor de los zorros. Los esperaré acá. No me moveré. Serán nutridos por mi karma. Por mi dharma. Todo lo tendrán. Hasta la tristessa...

*Desprenderme de cada cosa
Ha sido duro
Como ir perdiendo
Las hojas de vida*

*Pero los recuerdos
Ahí
Intactos
Inescrutables/ extraños
Y a la vez tan amigables*

*La casita azul
Tus llamadas
Tu ofrenda frenesí
Ahí Tú cuando enfermo me moría
Cuidando Tú mi kuerpo frágil*

*Hoy llueve
Y el agua envuelve
TODA mi vida*

*Y agua roja
Será
Lo que ofrendaré
A Antankalla
Catarata Diosa final
A los arroyuelos
Al lejano río blanco
A las lagunas en las cumbres
A las Wakas
A la tormenta
No! A las tormentas!!
A tu propia sangre
Divina
(Oh! Amor).*



*-viernes 12 de noviembre
Cinco de la tarde
Solo-*

Me senté junto a la lagunita formada por la caída de agua de la catarata. Las piedras salpicaban maná del cielo. El sonido de las precipitaciones era mágico. Saqué la cuchilla y la gillette. Tanto cuidado en las herramientas. Como la Anne Sexton diría: 'Dónde lo haría? Cómo?' Esas son las preocupaciones finales. Y se tiene la convicción de que no fallarás. Que no debes fallar. Y será así hoy que la lluvia empieza a caer y me sorprende. Como una llamada de atención. Señales? Signos? De qué? Pero yo continúo con mi labor. Simplemente los dados han sido ya tirados.

Miro mis venas. Los cortes deben ser transversales. Tiemblo. Acerco la gillette y como jugando toco mi piel. Las venas. La hundo suavemente. Y cede el kuerpo y un arroyuelo de sangre empieza a caer. Trato de no mancharme (tan cuidadoso de las banalidades en el final?) y hago más cortes. Uno dos tres cuatro... en la otra muñeca también... y me retiro un poco y sí! la sangre corre entre mis dedos. Y las pocas monedas que conservo las arrojé a la lagunita. Y sonrío. No más preocupaciones. Morir es de valientes. Me sereno. La sangre se coagula. Vuelvo a la lagunita y me infrinjo dos cinco diez veinte treinta cortes en cada brazo y la sangre corre. No pienso. Hago! Y la recuerdo a Ella. Por qué ahora? La lluvia arrecia. Y sin querer me corto los dedos. Más sangre pero esta vez la no deseada. La que mancha. La que ensucia.

Algo anda mal en mí. Decido retirarme é ir allá abajito a un arroyuelo límpido que tiene caiditas de aguas rápidas. Me acomodo y hundo mis brazos en el agua tibia. Y la sangre fluye. Me imagino que esto terminará pronto. Sigo ahí con los brazos en el agua. Cuánto tiempo? Ni idea. Tal vez mucho. Tal vez sólo un segundo. El tiempo tiene ahora otras dimensiones. Otras medidas.

En el 'Blue moon of Kentucky' resalta el texto final. Dedicado a Patti Smith. Luego de escribir en Louisville las otras crónicas ó poesías pues llegué a Lima. Abrumado por la soledad caminaba por la ciudad. Miraba puentes para tirarme. Caminaba y caminaba solo por la ciudad. Me metía a cines para evitar el tiempo. Los recuerdos me iban matando. La madre no me quería con ella. Y el Amor enfermo tan lejos. Entonces salieron esos terribles textos que hasta ahora me dan escalofríos. La sangre cayendo es el final. Canción de la Patti...

Y yo ahora aquí. Mis brazos en el agua. Sangre fluyendo. Solo. Nadie a mi alrededor. Esperando la consumición final. Lluvia que cae y me indica algo. No quiero entenderla. Miro mis brazos totalmente cortados. Me da miedo. Pero eso ya no importa...

Finalmente casi al oscurecer saco por última vez -pienso- mis brazos del agua y... la sangre se ha coagulado totalmente. No hay más sangre corriendo. Hay sangre pegada a los brazos. Aprieto desesperado los brazos las muñecas y nada. No corre más sangre. Inútil sería volver a cortar. Pero lo hago y nada. No más sangre corriendo... NO MÁS SANGRE CORRIENDO OH!!

Caigo aturdido y lloro y gimo. No habrá final? La lluvia cesa. El viento me da pavor. Oscurece aún más. Vuelvo a mirar mis maltratados brazos. No más sangre. Todo me da vueltas. Entonces me levanto y corro. Recojo la mochila sin pensar y corro de vuelta al camino. Cruzo los puentes. Me resbalo. Me golpeo duro. Cojeo. Corro.

Subo el cerro. No pienso en nada. Quiero caer al abismo pero ya no se ve bien. Si caigo quiero caer de verdad! Subo y subo otra vez el cerro. La noche me sonríe y yo la escupo! La escupo!! Me resbalo me agarro de unas plantas llenas de espinas. Corro hasta que se me va el aliento... paro. Ya no veo nada. El perfil oscuro de las montañas se muestra eterno en su inanidad. Trato de emprender la ruta pero piso unas cañas y me voy de espaldas. Me golpeo la cabeza y me río... me río a carcajadas. Cae sangre de mi nariz y me río me río me río...

Me despierto y la lluvia ha vuelto y estoy empapado. La oscuridad me ciega. Las constelaciones ante mis ojos... la Cruz del Sur ahí... las Tres Marías... y mi crucifixión frustrada ya y tengo miedo de todo. Me acomodo. Estoy sucio. Mi ropa hecha jirones. Manchado todo de sangre. Escucho perros y me aterrorizo. Las jaurías no me matarán. No eso! Pasan y respiro aliviado. Estoy vivo. No puedo creerlo. En la puna. Solo. Con miedo. Con frío. Sin poder moverme. Si lo hago un abismo me dañará. Que no me matará.

Busco a tientas otro lugar. Veo una gran roca y me acerco caminando a cuatro patas. Me caigo. Me levanto. Y de dos trancos llego. Me siento. Saco la mantita azul (mi frazadita?) y trato de protegerme de este frío... miro las estrellas. La media luna alumbra algo. El olor de los zorros ahí. Pero hoy no comerán mi carne. Hoy no! Y empieza el paso de los segundos. Uno a uno. Minutos que son horas. Horas que son días. Días que son siglos. Siglos que son eternidad y nunca muerte. Nunca más muerte!

Junto mi torso a mis piernas y el frío en algo amaina. Cierro los ojos. Lloro. Mucho. Lágrimas de no sé qué. Lloro y no quiero esto: solo. En la oscuridad total. En la puna. El viento frío. Los perros y sus ladridos... y he ahí algo que me da vida: unas luciérnagas en las matas cercanas. Colores de deseo. De amor. De vida. Se apagan y prenden sin cesar.

Despierto después de mil siglos de espera. No ha sido un sueño. Irreal. Todo irreal. Los sueños son realidad. Esto es pura mentira. Debo seguir. Clarea el cielo. Me levanto. No sé donde estoy. Subo. Bajo. Me resbalo. Y he ahí el caminito. Llego a él. Respiro hondo. Y con una serenidad extraña emprendo el regreso. Cientos de metros camino abajo me cruzo con un comunero y su cariñoso cachorro y me pregunta que hago ahí. Le digo que estuve en las cataratas. Mi conversación fluye tan banal. Como si no hubiera pasado nada. Pero es que ha pasado algo en realidad? Sólo sé que en mi vida ya no tengo cosas. Ni siquiera mis poemas. Ni mis libros. No tengo tampoco nada de dinero. No tengo casa ni habitación donde llegar. No tengo ni para un pan. Pero le sonrío al comunero y él se despide con un abrazo y sigo mi bajada al pueblo como si todo estuviera bien. Todo está bien? No lo sé. Esto es la vida y los Dioses y mi sucesiva reencarnación me han puesto acá. He querido morir. Irme a otra realidad y me ha sido negada. Sólo se que debo seguir bajando la montaña. Bajar la montaña. Rumbo a Matucana. La carretera. El camino. Sin nada. Como un santo. Como un profeta. Tal vez ahora si tenga algo que decir. Algo que mostrar. No enseñar. Imposible. Porque yo mismo no sé nada de esto. Profeta que vuelve como Zaratustra a la civilización. Bajar la montaña. Tan sólo eso.

ricardo quesada



de: 'el Sutra del arroyo'